

**Nombrando América. Una aproximación a la antroponimia y toponimia
europea en el Nuevo Mundo**

**Naming America: An Approach to European Anthroponymy and Toponymy
in the New World**

Ana Zabalza Seguín
Universidad de Navarra
azabalza@unav.es

<https://orcid.org/0000-0003-3312-597X>

Resumen: Este artículo se centra en el análisis de las dificultades que plantean las fuentes y la metodología de trabajo a la hora de investigar sobre la antroponimia y toponimia americanas, y resume las estrategias seguidas por los distintos autores del dossier dedicado a los nombres europeos en América, desde las costas de Terranova hasta el sur de Brasil, para alcanzar sus objetivos. Dada la fragilidad del patrimonio onomástico en lenguas minoritarias, que con frecuencia no figura en mapas oficiales, el artículo propone como campo de investigación el estudio de los nombres asignados a las nuevas poblaciones que son los condominios o urbanizaciones, como ya se ha realizado en algunos lugares de Europa. Estos nuevos nombres remiten con frecuencia a los antiguos propietarios del terreno o idealizan aspectos del pasado que de otro modo no se reflejarían en la toponimia.

Palabras clave: Onomástica europea en América. Toponimia americana. Antroponimia americana. Fuentes para el estudio de la onomástica.

Abstract: This article focuses on the analysis of the difficulties posed by sources and research methodology when investigating American anthroponymy and toponymy. It summarizes the strategies followed by various authors in the dossier dedicated to *European Names in America*, from the coasts of Newfoundland to the south of Brazil, to achieve their objectives. Given the fragility of onomastic heritage in minority languages, which often do not appear on official maps, the article proposes as a field of research the study of names assigned to new populations that are condominiums, as has already been done in some places in Europe. These new names often refer to the former landowners or idealize aspects of the past that would not otherwise be reflected in toponymy.

Keywords: European Onomastics in America. American Toponymy. American Anthroponymy. Sources for the Study of Onomastics.

El dossier que la revista *Onomástica desde América Latina* dedica a los nombres europeos en América puede parecer, por su temática, excesivamente ambicioso. América, desde el punto de vista de la onomástica, es un gigantesco palimpsesto en el que, durante siglos, oleadas de inmigrantes de muy diversas procedencias —aquí nos centramos en los

Europeos— han ido adoptando y adaptando los nombres que encontraron, creando otros nuevos que los acercaban al hogar que habían dejado atrás, evitando términos portadores de malos recuerdos, recuperando algunos caídos en desuso, coexistiendo con pobladores o gobiernos que llamaban de distinto modo a los mismos lugares, confundiendo palabras y significados hasta llegar a dotar al continente de un complejo entramado de nombres que, como puede verse en los trabajos que integran el dossier, sigue vivo y evolucionando.

Es un objetivo, en efecto, demasiado ambicioso; el dossier se propone sencillamente presentar algunos estudios de caso, en un ámbito que comprende desde la costa atlántica de Canadá hasta el sur del Brasil, con el deseo de ofrecer sus resultados a la comunidad científica y estimular la investigación sobre esta valiosa parte del patrimonio inmaterial que son los nombres.

Tanto en el primer bloque de textos, dedicado a la antroponimia, como en el segundo, centrado en la toponimia, las dos cuestiones centrales son las fuentes y la metodología de su explotación. Es aquí donde se pone a prueba la imaginación del investigador, que, como en tantos otros campos, debe recurrir a fuentes que en su origen no iban destinadas a informar sobre cuestiones onomásticas. Lápidas funerarias, inscripciones en la fachada de las casas, árboles genealógicos conservados en una familia, mapas antiguos, encuestas o bases de datos de libre acceso son algunos ejemplos de las fuentes utilizadas en los artículos del dossier; en unas ocasiones, el acercamiento del autor ha sido de carácter cuantitativo, mientras que en otras ocasiones la fuente ha permitido la aproximación a escala micro, extrayendo conclusiones que puede aplicarse a otros ejemplos. De una manera u otra, todos los trabajos utilizan una perspectiva histórica al analizar la llegada de los europeos al Nuevo Mundo, su adaptación y el resultado de tales procesos a lo largo de generaciones. En cada uno de los trabajos del dossier podemos ver cómo el autor o autora se enfrenta al desafío que supone elegir un objetivo y ajustar a él

fuentes y metodología. En varios de los artículos los investigadores hacen notar la dificultad que plantea la existencia de un doble juego de nombres, personales o de lugar, que coexisten simultáneamente: uno con carácter oficial, otro de uso cotidiano y a fin de cuentas operativo. Este problema puede subsanarse en los casos en que ha podido realizarse un uso cruzado de fuentes, sin limitarse a las escritas, que pueden proporcionar la sensación de que esa persona o ese lugar recibe su nombre de manera unívoca, cuando la realidad no era así.

Los conceptos de *generación* —en el sentido de sucesión de descendientes— y de *transmisión* se encuentran presentes en la mayor parte de los artículos, así como la tensión entre el deseo de asimilarse al nuevo territorio y el anhelo de preservar el legado de la tierra natal. Los trabajos que realizan un acercamiento cualitativo, por ejemplo con reconstrucciones genealógicas de familias de inmigrantes, son capaces de medir el tiempo que transcurre desde la llegada a América de la primera generación hasta el abandono de la lengua materna o la atribución a los hijos de nombres propios en la lengua del país de adopción. Recuperando conceptos de la sociología de Daniel Bertaux, cabe pensar en los resultados que se obtendrían de un mayor uso combinado de genealogías familiares y relatos de familia (Bertaux & Bertaux—Wiame, 1988). Estos últimos atesoran la sabiduría forjada por una familia a lo largo del tiempo; configurada, conservada y transmitida con frecuencia por las mujeres, supone una reserva ética que se forja y se pone en ejercicio en situaciones de crisis como puede ser la adaptación a un nuevo entorno. Estos relatos aportan vida a esas historias y permiten leer las genealogías, de otro modo muy secas.

Buena parte de los estudios fijan su punto de partida en el momento de la salida masiva de europeos hacia América, que puede situarse entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. En los ejemplos aquí analizados destacan, por una parte, los

emigrantes que proceden del Centro, Este y Norte de Europa: judíos, rumanos y finlandeses; por otra, dos trabajos analizan la impronta del pueblo vasco en la toponimia americana.

Oliviu Felecan es el autor del primer trabajo del bloque dedicado a nombres personales. En *Romanian First Names in America: A Synchronic Perspective*, Felecan utiliza una encuesta realizada a rumanos que viven actualmente en Canadá, Estados Unidos y Martinica, a fin de conocer las pautas que han seguido al dar nombre a sus hijos. Debe tenerse en cuenta que buena parte de los encuestados salieron de Rumania tras la caída del régimen comunista, en 1989; por tanto, sus respuestas cubren los treinta últimos años. En su análisis de la encuesta, Felecan subraya la tensión ya mencionada antes entre el apego a la propia tradición y el deseo de evitar estigmatizar a los hijos asignándoles nombres de pila que podrían dificultar su inserción social o laboral, fenómeno este último que ya ha sido estudiado (Gebauer, Leary & Neberich, 2012). La encuesta permite a Felecan profundizar en las razones aducidas por los padres a la hora de elegir nombres; es un acierto que subraye la importancia de los motivos religiosos, que no siempre son debidamente tenidos en cuenta. El autor explica que Rumania es, dentro de la Unión Europea, el país donde la población sigue identificándose en mayor medida con la fe, en este caso ortodoxa.

La tensión entre el deseo de integración y la conservación de los valores originarios se resuelve, en no pocos casos, con el recurso a la adaptación de los nombres tradicionales a la grafía inglesa o francesa, o mediante el uso de un nombre doble, en el que una parte es recibida de la tradición familiar mientras que la otra está tomada del acervo del país de acogida. Como en otros casos, también en el de los emigrantes rumanos se recurre cada vez con mayor frecuencia a un corpus de nombres internacional, que puede ser reconocido y usado con facilidad tanto en el país de origen como en el de

adopción. Aunque la encuesta ha sido realizada en un único momento y no permite matizar la evolución de las familias a lo largo de las generaciones, el autor subraya el apego de la primera generación de inmigrantes a la tradición de su patria, y recuerda que, en lengua rumana, el significado de *patrie* es “the place where ancestors are buried”.

Puede objetarse a Felecan que el tamaño de la encuesta es reducido; en cambio, la bibliografía, extensa y actualizada, permite poner en contexto los resultados alcanzados por esta investigación.

El trabajo presentado por Juliana Soledade y Camila de Azevedo Mendes, *Um retrato da antroponímia judaica no Brasil: o que não revelan dados censitários*, nos acerca a una realidad distinta: la de la antroponimia de los judíos establecidos en Brasil a lo largo de la historia. En la primera parte del artículo se realiza un recorrido de la trayectoria de esta minoría en el país; aunque quizá el fenómeno arrancó ya a finales del XV, como en otros casos analizados en este dossier fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando la llegada de judíos se convirtió en un fenómeno cuantitativamente significativo, que se intensificaría en el XX con las dos guerras mundiales. La Constitución de 1824, que legitimó la libertad religiosa en Brasil, había facilitado la llegada de este contingente de población, que, como sucedía en Europa, se caracteriza por ser eminentemente urbano. No faltaron, ya en el siglo XX y como consecuencia de la propaganda nazi, momentos de dificultad para esta comunidad, unidos a la preocupación sentida por las autoridades al percibir que su número se estaba incrementando.

Entre 1940 y 2010 los judíos brasileños pasaron de 55.000 a 107.000, de manera que en el conjunto de la población del país deben ser considerados como una minoría, consumidora de una serie de bienes como la comida, la música o las festividades, y en contacto permanente con otros grupos étnica y religiosamente distintos. Es en este punto

en el que aparece la antroponimia como un elemento que permite mantener y medir la identidad y los valores propios del grupo.

La principal dificultad a la que se enfrentan las autoras es la de distinguir entre *nombres judíos* y *nombres de los judíos*, cuestión en la que se plantea el que quizá sea su principal desafío metodológico. La distinción es compleja, pues debe tenerse en cuenta que, a causa del tiempo transcurrido desde la llegada de los judíos, se ha ido produciendo la asimilación de esta minoría, por ejemplo mediante la celebración de matrimonios mixtos, y determinadas señas de identidad han podido diluirse. La decisión que han tomado las autoras ha sido elaborar una relación de los nombres de pila de origen judío existentes hoy en Brasil, tomando esta información de varias bases de datos. Tras examinar las variantes que presentan estos nombres, consideran que las formas más próximas a la fuente original, utilizadas además en fechas más remotas —siempre referidas al siglo XX— son probablemente las que corresponden a *nombres de judíos*, y no son simplemente onomástica de origen judío.

Resulta interesante la encuesta que las autoras realizaron entre sus propios estudiantes, preguntando por su percepción sobre el posible origen judío de una serie de nombres de pila utilizados hoy en Brasil. Estos jóvenes no reconocieron como de origen judío algunos de los antropónimos más frecuentes en Brasil, como María, Ana, José o João. A raíz de sus respuestas, Soledade y Azevedo reflexionan sobre el hecho, común en América, de que la onomástica judía llegó a América en buena medida a través del cristianismo, o, por decirlo con palabras de las autoras, inserta en una estructura luso-judaica-cristiana, lo que hace muy difícil establecer con claridad, de entre ese conjunto de nombres originalmente hebreos, qué portadores son realmente judíos. En las últimas décadas, otro fenómeno ha añadido mayor complejidad a la situación, pues los fieles de

las iglesias pentecostales, muy numerosos en el país, asignan con frecuencia a sus hijos nombres tomados de la Biblia, sin que tengan la menor relación con el judaísmo.

Las autoras solventan con eficacia este primer acercamiento a la cuestión. De cara a la continuación de este interesante tema, será necesario prestar atención a la distribución geográfica de la población judía llegada a lo largo del tiempo a Brasil. Como las autoras reconocen, su asentamiento es preferentemente urbano, y cabe pensar que se establecieran en ciudades donde ya había una comunidad judía. La perspectiva comparada con otras minorías establecidas en el país, como se apunta en algún momento del trabajo, puede producir asimismo interesantes resultados.

El tercero de los trabajos sobre antroponimia se debe a Eeva Sippola, quien en *From Nordic to Hispanic: Shift in a Family's First Names* analiza un caso poco conocido de inmigración al Nuevo Mundo: el de una familia originaria de la Finlandia de lengua sueca, que, a través de Brasil, terminó asentándose a comienzos del siglo XX en la provincia argentina de Misiones, situada entre Brasil y Paraguay, donde continuó al menos hasta la última década de esa centuria. El trabajo de Sippola estudia la trayectoria de una única familia finlandesa, para cuyo análisis ha podido contar con una fuente asimismo única, un árbol genealógico preparado por los descendientes de la primera pareja, realizado en 1996. Este árbol recoge seis generaciones y 333 nombres propios, que son objeto de estudio preservando el anonimato de los informantes. La autora sitúa este ejemplo en el contexto tanto del punto de partida como del de llegada, y realiza un análisis de corte cualitativo, apoyado en una consistente bibliografía.

Aunque Sippola reconoce que uno de los descendientes de la familia le ha facilitado el acceso a la fuente, del texto no parece deducirse que haya habido más interacción con los sucesores de esa primera pareja. Quizá el cotejo de esta información hubiera permitido solventar una dificultad que la autora reconoce en la fuente: el árbol

genealógico aporta los nombres oficiales de los individuos, pero no es posible saber si estos eran los nombres realmente operativos de manera cotidiana. Esta dificultad afecta a las dos direcciones: como Sippola reconoce, la legislación argentina en ocasiones ha sido restrictiva a la hora de permitir la asignación de nombres en lenguas distintas de la castellana, pero es posible que en la escala doméstica se usaran nombres fineses o suecos. Pero en algunos momentos pudo suceder a la inversa: que, a pesar de portar nombres fineses o suecos, el apodo operativo fuera castellano.

El análisis de las seis generaciones arroja conclusiones interesantes en lo que respecta al proceso de asimilación de una familia que habla una lengua totalmente extraña a la del lugar de asentamiento. Sin perder de vista que el árbol parece haber sido trazado por un hablante de castellano, la incorporación de nombres castellanos fue rápida aunque, como Sippola subraya, en todas las generaciones, incluidas las más recientes, se ha conservado un pequeño porcentaje, entre el 6 y el 9%, de nombres nórdicos, aunque no siempre es fácil distinguirlos de la onomástica de otras tradiciones, como la alemana o inglesa. En el cuidadoso análisis cualitativo que Sippola realiza de esta fuente tal vez se eche de menos una mayor atención al factor religioso, que pudo tener relevancia en las decisiones de esta familia. Quizá uno de sus mayores méritos es el de medir, aunque sea necesaria la prudencia por la naturaleza misma de la fuente, el tiempo en que se produce la asimilación de este grupo foráneo. El artículo de Sippola constituye una valiosa pieza de un mosaico que puede completarse con nuevos estudios sobre estas minorías; muestra la interacción entre las grandes políticas migratorias seguidas por los estados —en ocasiones fomentando y en otras limitando las llegadas— y los protagonistas de tales desplazamientos.

El segundo bloque de trabajos se centra en la toponimia y se abre con el texto de Mikel Gorrotxategi, *Toponimia vasca en América*. Encontramos aquí otra minoría, el

pueblo vasco, procedente, como señala el autor, de un pequeño enclave situado entre las actuales Francia y España, junto al mar Cantábrico, desde donde ya a finales del siglo XV salió de manera continua un contingente demográfico relativamente importante rumbo al Nuevo Mundo. El hecho de que tanto las tres provincias vascas como, desde 1515, el reino de Navarra formaran parte de la Corona de Castilla habilitó a sus naturales para el comercio y el asentamiento en América prácticamente desde el momento del descubrimiento. El trabajo de Gorrotxategi, aunque no es exhaustivo, permite recorrer las huellas que en América ha dejado el pueblo vasco, tanto en el norte como en el centro y sur del continente.

El autor subraya el hecho de que en América son numerosas las personas que viven en lugares con nombre vasco o portan apellidos vascos, pero desconocen el origen de tales términos. Gorrotxategi pone asimismo de relieve la deformación que han sufrido estas palabras en su largo recorrido histórico, con frecuencia antes de salir de Europa, pues la lengua vasca no tiene parentesco con otras lenguas europeas y presenta sonidos sin correspondencia con los del castellano, lo que plantea dificultades para su escritura y pronunciación. En otras ocasiones, las alteraciones de las palabras se han producido ya en suelo americano, como expone en diversos ejemplos. Junto a ello, debe tenerse en cuenta que una parte de los hablantes de lengua vasca vive en territorio francés, y esta circunstancia pesa tanto en la fonética como en la grafía de los topónimos.

Tras explicar los orígenes de los términos vascos, Gorrotxategi ofrece la parte principal de su trabajo, un corpus de toponimia vasca en América. Se centra para ello en nueve países del norte, centro y sur del continente; destacan, por el número de lugares con nombre vasco identificados, Argentina y México. Sorprende que en alguno de los países seleccionados, como Chile, donde la presencia vasca ha sido importante, no se haya localizado un mayor número de topónimos. En este sentido, hubiera sido quizá

deseable una mayor precisión en lo que respecta a la entidad de estos lugares; es decir, si se trata de toponimia mayor o menor.

De incluir esta última, el elenco sería mucho más numeroso y permitiría incluir países no recogidos en el corpus. Una parte significativa de los topónimos vascos en los países mejor representados suponen un homenaje a alguna persona, no pocas veces próceres de la independencia, pues abundan entre ellos los de origen vasco. Sin embargo, existe una abundante toponimia menor, heredera por ejemplo de las antiguas haciendas, que no ha sido estudiada y queda por tanto fuera de este corpus.

En buena medida, el trabajo de Gorrotxategi refleja las aportaciones pero también las lagunas de nuestro conocimiento sobre la toponimia del continente americano, una situación que precisamente esta revista quiere contribuir a mejorar. La fragmentación política del gigantesco espacio en que se asentaron los vascos tampoco permite contar con un registro común de topónimos, de manera que el corpus de Gorrotxategi debe ser tomado como una primera aproximación, necesitada de posteriores estudios o publicaciones que completen los datos que nos han llegado de manera muy incompleta. Sería deseable que la publicación de este dossier estimulara la recogida sistemática de topónimos a fin de contar con un elenco más completo.

El trabajo de Miren Egaña Goya, *Toponimia vasca en la costa atlántica de Canadá*, nos permite conocer un aspecto en concreto de la presencia vasca en América: la huella dejada por los balleneros en la costa atlántica de Canadá. Como Egaña señala, los vascos llegaron a Terranova seguramente antes de que Colón arribara al continente en 1492, y su presencia se prolongó durante siglos. La autora es una buena conocedora de la materia; como expone en su artículo, ha manejado tanto fuentes documentales escritas procedentes de diversos archivos vascos y castellanos como obras publicadas durante los años de las expediciones a Canadá, algunas de ellas con mapas que Egaña reproduce en

su trabajo. Esta labor de documentación, completada con la observación *in situ* de las rutas y puntos de asentamiento, le ha permitido reconstruir la huella dejada en la toponimia de Terranova y la bahía del río San Lorenzo, tarea no siempre sencilla pues también aquí hay que aludir a la deformación experimentada por algunos vocablos así como a la existencia de parejas de términos para referirse a un mismo lugar, en distintas lenguas.

Los topónimos vascos no solo han pervivido en antiguos mapas, sino en la toponimia actual; en el territorio de Québec son varios los términos que incluyen la palabra “Basque” o “Basques” y que han sido recogidos por la Comisión de toponymie de Québec. La arqueología, como muestra Egaña, ha sido un valioso auxiliar a la hora de identificar los lugares de asentamiento de los cazadores vascos durante su estancia en Canadá. En cierto modo, la labor de la propia autora es también una arqueología de los nombres, realizada mediante el uso cruzado de diversas fuentes.

El texto de Fernando H. Tavares de Barros, *De Frankenthal ao Badensertol: uma viagem pelos nomes alemães dos vales do Caí e seus afluentes, Rio Grande do Sul*, nos acerca a un territorio próximo al analizado por Eeva Sippola. El establecimiento de población de origen alemán en el estado de Rio Grande do Sul, al sur de Brasil, como señala Tavares de Barros, ha ocasionado que sea este uno de los pocos lugares del Nuevo Mundo con toponimia alemana. Este trabajo es un buen ejemplo de cómo la labor investigadora multiplica su eficacia cuando se apoya en un proyecto más amplio y utiliza una metodología claramente definida. La investigación realizada por Tavares de Barros utiliza el corpus del proyecto TALERS (Toponímia Alemã do Rio Grande do Sul), que revela toda su utilidad en el análisis de una microtoponimia que en muchas ocasiones no es oficial ni figura en la cartografía, pero ha sido pacientemente recogida a través de informantes. En este caso concreto, Tavares analiza los topónimos terminados en *-tal* o -

thal (*vale* en portugués; *valle* en castellano), situándolos sobre el mapa en la excelente cartografía que acompaña el texto, explicando su significado y contribuyendo en suma al avance del conocimiento.

El artículo realiza una cuidadosa historia del poblamiento en la cuenca del río Caí, la parte del estado de Rio Grande do Sul en la que se centra la investigación. Lugar de asentamiento de varios pueblos originarios, la llegada de los europeos se inició con los portugueses, que ya en el siglo XVIII trajeron con ellos a esclavos africanos. En torno a 1824 se produjo la llegada de los alemanes, que no se interrumpiría hasta el último cuarto del siglo XIX. Tavares presta atención a la región de origen de estos inmigrantes y al dialecto alemán que hablaban. En torno a 1875, el declive en la llegada de alemanes fue seguida por la irrupción de un nuevo grupo, el de los italianos.

La dificultad del estudio radica en que mucha de la toponimia alemana no llegó a tener carácter oficial, aunque sí es operativa en el uso cotidiano. Tavares de Barros utiliza el concepto de “toponimia paralela” para referirse a parejas de palabras que designan un mismo lugar, en régimen de coexistencia, y que en esta región se dan con relativa frecuencia. En este punto, la información recopilada por el proyecto TALERS ha resultado fundamental, pues ha permitido conocer los nombres utilizados por los hablantes. Han sido igualmente útiles algunos mapas antiguos, en particular teniendo en cuenta que durante algunos periodos la política del gobierno brasileño ha sido restrictiva respecto a los nombres en lenguas distintas de la portuguesa. La grafía arcaica de algunas palabras queda también debidamente explicada.

El estudio cubre de manera completa los aspectos relacionados con la toponimia atribuida por los inmigrantes alemanes en esta parte de Brasil. Su parte central la constituye una clasificación taxonómica —siguiendo la establecida por Dick— de los 33 topónimos comprendidos en el estudio, los terminados en *-tal* y *-thal* en la región; se

incluye, para cada topónimo, la existencia de toponimia paralela, su localización geográfica, variantes gráficas, clasificación taxonómica, etimología, motivación denominativa, denominaciones anteriores, datos orales y comentarios metalingüísticos recogidos y observaciones. Los términos objeto de análisis son puestos en su contexto y permiten conocer rasgos culturales de este grupo humano.

El último de los trabajos se debe a Yliana Rodríguez, y se centra en otro interesante ejemplo, *Topónimos españoles en las islas Falkland/Malvinas*. Como es bien sabido, se trata de un conjunto de islas, agrupado en torno a dos principales, bajo soberanía británica desde 1833. La historia del descubrimiento y colonización del archipiélago sigue envuelta en la polémica; el objetivo del artículo de Rodríguez no es clarificar este punto, aunque resultaría de utilidad conocer la sucesión de ocupaciones de cara a analizar su reflejo en la toponimia. Parece deducirse que no se conservan restos de ninguna toponimia previa a la llegada de los europeos.

El mismo nombre del archipiélago, distinto en inglés y en español, sugiere que nos encontramos ante un notable ejemplo de esa doble toponimia a la que ya se han referido otros artículos de este mismo dossier. El objetivo del trabajo es descubrir esa toponimia anterior, en concreto la plasmada en lengua española. Para ello, la metodología que se ha seguido ha consistido en la consulta de antiguos mapas, custodiados tanto en la Biblioteca Nacional de España como en el Archivo General de Indias, habida cuenta de que las islas estuvieron bajo soberanía hispánica durante parte de su historia. Estos mapas se contrastaron con otro mucho más reciente, de 1977, proporcionado por el actual gobierno de las islas, y con la base de datos de nombres geográficos del Instituto Geográfico Nacional argentino. Debe tenerse en cuenta que en la cartografía argentina las Malvinas aparecen como parte del territorio nacional de este país; en estos mapas no figuran topónimos en lengua inglesa.

Puesto que el objetivo que se propone la investigación es determinar los topónimos en lengua castellana, el análisis ha abarcado todo el conjunto de nombres de lugar recopilados de las fuentes ya mencionadas. La autora los divide en tres grupos en función de su procedencia: los de herencia gauchesca, los argentinos y los del Imperio español, si bien las razones de esta triple diferenciación no quedan bien perfiladas. En el seno de estas categorías no faltan ejemplos de nombres híbridos de español e inglés. El trabajo incluye dos relaciones de topónimos españoles procedente de otros tantos mapas de 1769 y 1788; se compara las coincidencias de esa cartografía antigua con la del Instituto Geográfico Nacional argentino. Todo este material no permite a la autora extraer conclusiones que arrojen algo de luz sobre este interesante y complejo ejemplo, más allá de presentarlo como una primera aproximación al tema.

Volviendo a las ideas enunciadas al comienzo, este conjunto de trabajos sobre la presencia de nombres europeos en muy diferentes partes del continente americano nos lleva a reflexionar sobre el modo como se produce la transmisión del patrimonio de una generación a la siguiente. Los europeos llegados al Nuevo Mundo poseían, en mayor o menor medida, un conjunto de bienes: como señalara Bertaux, los de carácter material pueden transmitirse —en épocas anteriores al pleno desarrollo del estado— prácticamente en un 100%, sin mermas. Esto no sucede con los bienes de carácter inmaterial, parte sustancial del legado de los inmigrantes (Bertaux & Bertaux-Wiame, 1988: 23).

En los ejemplos analizados en este dossier pueden incluirse en esta categoría la lengua, la antroponimia, la religión, la profesión u oficio. En los bienes inmateriales, la transmisión no es completa, y desde luego no se genera de manera automática: se trata más un bien de un proceso dinámico, en el que el resultado final depende del modo en que el receptor asuma ese legado (Bertaux & Bertaux-Wiame, 1988: 8). En el paso de la

primera a la segunda generación aparece la tensión ya mencionada antes entre el respeto hacia los antepasados y el deseo de asimilación al nuevo territorio. En los casos en que el contraste es más intenso, como sucede con los finlandeses asentados en la provincia argentina de Misiones, la lengua pronto se pierde, incluso cuando se practica la endogamia matrimonial con otros finlandeses o escandinavos. A un ritmo que puede seguirse en algunos de estos trabajos, las señas de identidad van mitigándose, sin llegar a desaparecer por completo.

El uso combinado de fuentes, y en particular el recurso a los relatos de familia, puede ser una vía fructífera para avanzar en el conocimiento de lo que estas poblaciones buscaron o evitaron. En varios de los artículos queda de manifiesto que los europeos establecidos en América evitaron los antropónimos de los pueblos originarios, y optaron por dar a sus hijos inicialmente nombres de su propio acervo familiar, y luego otros portugueses o castellanos. En algún momento se alude igualmente al *blanqueamiento* que estos europeos ocasionaban, y que durante mucho tiempo fue bien recibido en las comunidades de acogida.

El estudio de la riquísima toponimia americana plantea sus propios desafíos. Cada grupo humano llama al territorio circundante en su lengua y de acuerdo con sus propias convenciones; se explica así que convivan en un mismo espacio dobles topónimos, incluso en algunos casos más de dos sistemas. Como pusieron de relieve Scott, Tehranian y Mathias, “there is not State-making without State-naming”: la creación del estado contemporáneo tiene mucho que ver con la tarea de asignar un nombre unívoco a todas las realidades, tanto puramente geográficas como creadas por el ser humano (Scott, Tehranian & Mathias, 2002: 4). Como sugieren estos investigadores, llega un momento en que las distintas variedades de nombres con que es conocido un río, un camino o también una persona deben reducirse a un único término, asignado con arreglo a unos

criterios determinados desde arriba, desde el estado, en una lengua que también en la edad contemporánea pasa a ser la lengua nacional.

En varios de los trabajos se ha mencionado momentos en que distintos estados americanos siguieron políticas restrictivas o incluso prohibieron los nombres en lenguas distintas de la nacional, como ha sucedido en otros continentes. Esta toponimia sancionada por el estado es la que ha pasado a la cartografía oficial, lo que no excluye que tanto lugares como personas sean denominados, en la escala local, por nombres tradicionales que continúan siendo operativos. Pero no hay duda de que el gigantesco esfuerzo de los estados acabó triunfando, y como se ve en algunos de los trabajos recogidos en el dossier solo la recogida de datos por informantes locales, cuidadosamente almacenada, nos permite conocer esa otra realidad paralela, llena de riqueza, pues cada pueblo y cada lengua aporta su propia visión de la realidad.

América, estudiada en este dossier durante la época de los grandes desplazamientos humanos que se inicia a finales del XIX, fue poblada en buena medida por europeos, pero no es una copia literal de Europa. Cada generación ha asumido el legado de las anteriores, adaptándolo a sus cambiantes circunstancias y alejándose cada vez más del punto de partida: en el caso de los brasileños de origen alemán se ha distinguido el *Hunsrück geográfico*, la región de la que procedían muchos de ellos, del *Hunsrück mental*, que iba difuminando sus contornos con el paso del tiempo (Thun & Wilkin 2018: 31). El desarrollo del estado, la imposición de políticas lingüísticas, las indudables ventajas de la integración, el deseo de evitar a los hijos situaciones discriminatorias, entre otros factores, favorecieron un acercamiento de intereses que terminó por integrar a las minorías en los países donde se asentaron. La asimilación pacífica ha terminado por relegar los rasgos culturales de estas minorías al terreno de lo folklórico o a crematónimos y toponimia menor.

Las investigaciones recogidas en el dossier ponen de relieve la frecuente coexistencia de dos sistemas toponímicos y antroponímicos, uno escrito y oficial, otro meramente oral e informal. Este último contiene valiosa información sobre las minorías que se asentaron en el Nuevo Mundo, y sería deseable conservarlo y estudiarlo. Sin embargo, como se deduce de los estudios aquí reunidos, el paso de las generaciones tiende a borrar las huellas de los nombres asignados en otras lenguas.

De cara a su preservación, tal vez pueda proponerse como objeto de estudio el de unos topónimos de reciente creación, pero que se apoyan en tradiciones anteriores y en ocasiones pueden ser la única forma de rescatar los nombres asignados por esas minorías: me refiero a los nombres dados a las urbanizaciones, condominios, colonias, fincas, haciendas o lotificaciones.

El análisis de esta clase de topónimos ha dado ya interesantes resultados en la costa catalana cercana a la ciudad de Barcelona: Tort i Donada junto con Panareda i Clopés estudiaron esos nuevos topónimos, muy abundantes en una comarca como el Maresme, que ha sufrido en los últimos sesenta años un intenso proceso de urbanización. Por su carácter costero, con un buen número de playas, y por su cercanía a Barcelona, el Maresme ha visto multiplicar el número de sus urbanizaciones, lugar de segunda residencia para un número creciente de personas provenientes tanto de Barcelona y Cataluña como de otros lugares, hasta el punto de que en el momento del estudio de Tort y Panareda las nuevas poblaciones eran ya más numerosas que las tradicionales. La investigación realizada por estos geógrafos muestra que, por una parte, es sencillo hacerse con el corpus de todos estos topónimos; por otra, Tort y Panareda proponen una taxonomía de clasificación de estos nombres, no muy diferente de la que se aplica en el análisis de la toponimia tradicional.

Es indudable que cada lugar tiene sus propias características, pero puede plantearse como hipótesis que esta clasificación es sustancialmente válida para otros ámbitos. Los promotores de estas construcciones buscan atraer compradores, entre otras maneras, asignando nombres atractivos a las urbanizaciones: por ejemplo, subrayando el contacto con la naturaleza y el aire libre, las vistas, la altura u otros rasgos físicos más o menos ajustados a la realidad.

Este campo ofrece numerosas posibilidades en América; por poner un ejemplo, en Guatemala se encuentran condominios llamados *Brisas del Norte*, *Montesol* o *Eterna Primavera*. No faltan en este mismo país ejemplos de nombres totalmente ajenos al territorio, como *Pasadena*, *Venezia* o *Real Sitio de Aranjuez*; o combinaciones de inglés y español, como *Pinula Forest*. En casos como estos, Tort y Panareda hablan de una nomenclatura puramente comercial, extraña a las tradiciones del lugar. Pero en ocasiones, esta nueva toponimia tiene una base antroponímica, apoyada en el nombre de un antiguo propietario de la finca donde se ha construido la urbanización, en el del propio promotor o en homenaje a un personaje del pasado: en estos casos, el nombre ya no es una mera invención, sino que aporta información sobre la situación previa de ese espacio.

Formando parte del área metropolitana de Ciudad de Guatemala, en el municipio de Fraijanes, se encuentra una larga serie de urbanizaciones que apelan a un mismo nombre vasco, *Arrazola*: *La Foret de Arrazola*, *Secoya de Arrazola*, *Altos de Arrazola*, *Arrazola Panorama*, *Bosques de Arrazola*, etc. Este extenso conjunto fue, hasta mediados del siglo XX, propiedad de la familia de ese apellido, que lo vendió, y la hacienda fue fragmentada en unidades de carácter residencial que conservaron el nombre del antiguo propietario (<https://www.arrazola.org/finca-arrazola-ciudad-de-guatemala/>).

La nueva nomenclatura permite asimismo conocer cuáles son los referentes culturales a que se apela y cuáles se evitan o aparecen muy esporádicamente. Se trata sin

duda de un interesante campo de investigación que puede encontrar ejemplos en cualquier país de América.

Con este conjunto de estudios confiamos en poner a disposición de todos los investigadores interesados en onomástica una serie de resultados y propuestas que estimulen la realización de nuevos trabajos y favorezcan la recogida de datos sobre esta parte del patrimonio inmaterial americano, tan rico como vulnerable.

Recebido em 23 /09/2023

Aceito em 26/09/2023

Publicado em 26/09/2023

Referencias Bibliográficas

Bertaux, D. & Bertaux-Wiame, I. (1988). Le patrimoine et sa lignée: transmissions et mobilité sociale sur cinq générations. *Life stories/Récits de vie*, (4), 8-25.

Gebauer, J. E., Leary, M. R., & Neberich, W. (2012). Unfortunate first names: Effects of name-based relational devaluation and interpersonal neglect. *Social Psychological and Personality Science*, 3(5), 590-596.

Scott, J. C., Tehranian, J., & Mathias, J. (2002). The production of legal identities proper to states: the case of the permanent family surname. *Comparative studies in society and history*, 44(1), 4-44.

Thun, H., & Wilkin, R. (2018). A história que antecede a escrituralidade dos hunsriqueanos brasileiros: cartas do período napoleônico (1805-1813). *Cartas de imigrantes de fala alemã: pontes de papel dos hunsriqueanos no Brasil. São Leopoldo: Oikos*, 31-46.

Tort i Donada, J. & Panareda i Clopés, J. M. (2011). Las nuevas toponimias. Sobre el papel de los nombres de lugar en la renovación del "imaginario geográfico" de las áreas turísticas de litoral barcelonés. En *Espacios y destinos turísticos en tiempos de globalización y crisis* (p. 30). Universidad Carlos III de Madrid, 7-18.

<https://www.arrazola.org/finca-arrazola-ciudad-de-guatemala/> (consultado el 8/08/2023).